

Datos sobre los desiertos y la desertificación

Los desiertos son entornos secos y rigurosos, y su población humana no es muy grande. Sin embargo, muchas especies de flora y fauna se han adaptado a la vida en los desiertos, y éstos constituyen el sustento de una gran diversidad de formas de vida. Los sapos del desierto cavan madrigueras en la arena y dormitan durante meses hasta la llegada de la lluvia; entonces, salen a la superficie para alimentarse, aparearse y poner huevecillos. Algunos mamíferos del desierto han desarrollado orejas largas u otros apéndices para disipar la temperatura de sus cuerpos. Otros obtienen toda la humedad que necesitan a través de los alimentos que consumen. En Namibia, la planta *Welwitschia mirabilis* sobrevive gracias a la humedad de la niebla que todos los días roza el desierto Namib.

Debido a la sofisticación de su naturaleza, las especies del desierto son particularmente vulnerables a la alteración de su hábitat. Curiosamente, se sabe y se ha documentado poco acerca de las características biológicas, ecológicas y culturales de los desiertos. Cada desierto del mundo es único en función de su origen, historia evolutiva y patrones climáticos. La protección de cada uno de ellos exige cuidados y políticas diseñadas a medida. Las tierras áridas se caracterizan por un bajo índice de precipitación pluvial y un alto índice de evaporación. Cubren 41% de la superficie terrestre del planeta y acogen a más de 2 mil millones de habitantes. La mitad de las personas pobres del mundo vive en tierras áridas; su subsistencia depende en gran medida de los beneficios naturales del medio ambiente.

Los habitantes de las tierras áridas (90% de ellos viven en países en desarrollo) sufren un grave rezago en relación con el resto del mundo en lo que respecta a los indicadores de bienestar y desarrollo humano. En los países en desarrollo, la mortalidad infantil en las tierras áridas promedia alrededor de 54 pequeños por cada 1,000 nacimientos vivos, cifra que representa el doble del número registrado en tierras no áridas y diez veces el índice de mortalidad infantil en países desarrollados.

La Convención de las Naciones Unidas para Combatir la Desertificación define a la desertificación como “la degradación de los suelos en zonas áridas, semiáridas y subhúmedas secas como consecuencia de diversos factores, entre ellos las variaciones climáticas y las actividades humanas”. La degradación de los suelos en las tierras áridas se define como la reducción o pérdida de su productividad biológica o económica. Este problema afecta a una tercera parte de la superficie terrestre y a más de mil millones de personas.

Algunas de las consecuencias de la desertificación y la sequía son la inseguridad alimentaria, la hambruna y la pobreza. Las tensiones sociales, económicas y políticas resultantes pueden generar conflictos, profundizar el empobrecimiento y agravar la degradación de los suelos. La expansión de la desertificación alrededor del mundo amenaza con incrementar en millones el número de personas pobres que se ven obligadas a buscar nuevos hogares y formas de sustento.

Entre 10 y 20% de las tierras áridas ya se encuentran degradadas. El problema es aún más grave en el mundo en desarrollo. Se calcula que la superficie total de tierras afectadas por la desertificación es entre 6 y 12 millones de kilómetros cuadrados (como referencia comparativa, las superficies de Brasil, Canadá y China suman entre 8 y 10 millones de kilómetros cuadrados).

Las tierras áridas contienen 43% de las tierras cultivadas en el mundo. La degradación de los suelos causa una pérdida anual calculada en \$42 mil millones de dólares como consecuencia de la producción agrícola. En los últimos 40 años se ha abandonado casi una tercera parte de las tierras de cultivo del planeta porque la erosión las ha vuelto improductivas. Cada año, 20 millones de hectáreas más de tierras agrícolas se degradan al punto de ser inútiles para el cultivo o se pierden por la expansión de las manchas urbanas.

En los últimos 30 años, la necesidad de incrementar la producción agrícola para alimentar a la población mundial que sigue multiplicándose ha ejercido una creciente presión sobre los recursos hídricos y en tierras. Si se compara la situación con la década de 1970, se verá que actualmente hay 2.2 mil millones de bocas más que alimentar. Hasta ahora, la producción de alimentos ha sido capaz de seguir el ritmo de la explosión demográfica, pero el continuo crecimiento poblacional podría traducirse en la necesidad de producir 60% más alimentos en los próximos 30 años. La creciente necesidad de tierras agrícolas explica entre 60 y 80% de la deforestación del planeta.

Se ha detectado cierto grado de desertificación en 30% las tierras de regadío, 47% de las tierras agrícolas con riego pluvial y 73% de las tierras de pastoreo. Se calcula que cada año entre 1.5 y 2.5 millones de hectáreas de tierras de regadío, entre 3.5 y 4 millones de hectáreas de tierras agrícolas con riego pluvial y alrededor de 35 millones de hectáreas de tierras de pastoreo pierden parcial o totalmente su productividad debido a la degradación de los suelos.

La recuperación de los suelos perdidos debido a la erosión es un proceso lento; la formación de 2.5 cm. de suelo puede tardar 500 años. Uno de los problemas cada vez más comunes en muchas zonas son las tormentas de polvo que afectan la salud humana y los ecosistemas locales y a grandes distancias. El grosor de las tormentas provenientes del desierto de Gobi afecta gran parte de China, Corea y Japón, provocando una mayor incidencia de fiebre, tos e irritamiento ocular durante la estación seca. El polvo que emana el Sahara es un factor detrás de los problemas respiratorios que se registran en regiones tan lejanas como Norteamérica, e incluso ha afectado a los arrecifes coralinos del Caribe.

La Asamblea General de las Naciones Unidas declaró 2006 como el Año Internacional de los Desiertos y la Desertificación. El año 2006 también marca el décimo aniversario de la Convención de las Naciones Unidas para Luchar contra la Desertificación en Países Afectados por Sequías Severas y/o Desertificación, Particularmente en África. La Convención tiene la ratificación plena de 191 Partes, es decir, todos los Estados miembros de Naciones Unidas.

Las consecuencias de la desertificación son las siguientes:

- caída de la producción de alimentos, menor productividad de los suelos y menor capacidad de recuperación natural de la tierra;
- más inundaciones río abajo, menor calidad del agua, sedimentación en ríos y lagos, y encenagamiento de embalses y canales de navegación;
- agravación de los problemas de salud debido al polvo que levantan los vientos (infecciones oculares, padecimientos respiratorios, alergias y tensión mental)
- pérdida de los medios de subsistencia que obliga a los afectados a migrar.

Las tierras áridas no superan su situación de pobreza debido a que:

- las personas pobres que habitan las tierras áridas, particularmente las mujeres, rara vez tienen una voz política fuerte y suelen carecer de servicios esenciales, como la asistencia médica, la asesoría agraria y la educación; además, las mujeres sufren de discriminación debido a las normas de propiedad de la tierra;
- no es raro que los habitantes de las tierras áridas vean sus necesidades agrícolas insatisfechas: no tienen herramientas, fertilizantes, agua, plaguicidas y semillas, su acceso al mercado no es el adecuado y la mala calidad de sus productos tiende a abaratarlos;
- es común que las comunidades no se beneficien de otros recursos locales, como la explotación minera, la flora y fauna silvestres, y otras atracciones turísticas;
- el acceso al agua y los derechos sobre este recurso suelen no ser los ideales; además, es común que la gestión de los recursos sea pobre, proclive a la sobreexplotación y la salinización;
- el cultivo y el pastoreo excesivos son comunes, y afectan la productividad;
- las comunidades de las tierras áridas son particularmente vulnerables a la sequía; por lo general, dependen del ganado o la agricultura de subsistencia, no disponen de reservas de alimentos, dinero, seguro social u otras formas de prevención para enfrentar los años de adversidad.

Es necesario atender todos estos problemas de forma simultánea para combatir la pobreza en las tierras áridas.

La Evaluación de Ecosistemas del Milenio de las Naciones Unidas destaca que es más fácil evitar la desertificación que revertirla. La degradación de los suelos es resultado de la presión demográfica y de las malas prácticas de gestión de las tierras. Las mejores prácticas de cultivo, la irrigación prudente y las estrategias para ofrecer empleos fuera del sector agrícola a los habitantes de las zonas áridas podrían ayudar a resolver el problema.